

sin porvenir; para ellos he fundado yo la Escuela, y por ellos, por su felicidad, lucharé hasta la muerte.

¡Y sí los salvaré!

Tengo fe y voluntad y con fe y voluntad se alcanza todo.

Realizaré la magna, la sublime obra de redención, soñada por el altruísta Alfonso (1), por el santo y... ¡Haré el bien á pesar de los hombres siempre malos y á pesar de los dioses siempre falsos!

(1) El Dr. Alfonso Estévanez, protector de María y de su hermano Rafael, cuya muerte hemos referido en el libro anterior á éste, intitulado «Desequilibrio».

III

APOSTASÍA

III

APOSTASÍA

Solo y triste, en medio del silencio de la noche; con un libro en la mano, el Evangelio, y contemplando la imagen del Crucificado, iluminada apenas por la luz mortecina de una lámpara encendida al pie del ara: así sorprendió á Rosa el reloj de la Iglesia vecina al dar con misteriosa y solemne lentitud, doce consecutivas campanadas.

— Las doce, murmuró con desaliento, y se volvió a abismar en su profunda y tenaz meditación.

Él creía en Dios, le amaba desde niño y creería y le amaría hasta la muerte.

No, de Dios no dudaba, ni había jamás duda-

do, ni llegaría á dudar mientras viviera; pero...
¿Y la religión?

Esto era ya distinto.

La religión no era más que un mito creado por la ignorancia, el temor y la superstición humana, y él y los suyos no eran más que unos impostores.

Lo que se sabía de Cristo y de la doctrina primitiva había sido tomado, primero de los cuatro evangelios y después de las epístolas de Pablo.

Pero los cuatro evangelios canónicos (esto lo sabía él muy á fondo), habían sido escogidos en el Concilio de Nicea, presidido por el asesino Emperador Constantino; habían sido escogidos en el año 325, por los 318 Obispos allí reunidos, entre una aglomeración de manuscritos disparatados y contradictorios, datando de los tres primeros siglos.

En la primera lista de elección figuraban *cuarenta evangelios*, y como los Obispos acalorados por la discusión se injuriaban ignominiosamente sin ponerse de acuerdo, se decidió (según el Synodikon de Pappus) colocar todos los libros debajo del altar y rogar al Cielo que decidiera por

medio de un milagro, haciendo que los documentos apócrifos quedasen debajo y que los escritos verídicos de origen divino saltasen y se colocasen sobre el altar.

El Cielo, que por aquellos tiempos era en extremo complaciente y muy dado á hacer milagros y á cumplir antojos, accedió á la extravagante pretensión de los Obispos: saltaron los tres evangelios sinópticos redactados, *según Mateo, Marcos y Lucas*, á principios del segundo siglo y saltó también un evangelio muy distinto de los otros, el redactado, *según Juan*, á principios del siglo II.

Después: las epístolas de Pablo, de las cuales sólo tres son auténticas, las escritas á los Corintios, á los Romanos y á los Gálatas, han sido lastimosamente adulteradas: el Cristianismo, el Paulinismo, una mezcla de las religiones antiguas, de la filosofía griega y del judaísmo.

¿Y el papado?

El papado era falso y además negro. ¡Qué historia la de los Papas!

¡Qué siniestra procesión de locos, criminales, envenenadores, asesinos, desequilibrados, sexua-

les, incestuosos y crueles *representantes de Dios* sobre la tierra!

Ante el conturbado espíritu del sacerdote desfilaban en aciaga peregrinación de doce siglos, cual un tropel de espectros alumbrado por la escrutadora antorcha de la Historia.

Con la tenacidad de una obsesión asaltaban la memoria de Rosa las irónicas palabras del sifilítico y frívolo Papa León X:

¡Nos ha valido tanto esta fábula de Jesucristo!

Y sin embargo, Jesucristo era un iluminado, es verdad, pero era un santo y noble profeta, lleno de altruísmo, caridad y amor para los hombres sus hermanos; en tanto que los papas han cometido durante doce siglos tantas iniquidades, crímenes y errores en el nombre de Dios; y los sacerdotes han sacrificado tantas víctimas á su ambición, á su avaricia, ó á su lascivia, que el pobre Rosa, no sabía humanamente explicarse como el Dios de bondad y de justicia podía haber tolerado tamaña execración.

Ocho mil herejes quemados vivos en España; noventa mil despojados de sus bienes y condenados á penitencias públicas; más de cincuenta mil

víctimas sacrificadas al furor del clero en los Países Bajos durante el reinado de Carlos V. ¿Y Giordano Bruno? ¿Y Juan Huss?

En aquel momento, Rosa veía con toda claridad una fecha gloriosa para la libertad del pensamiento humano—31 de Octubre de 1517.—Veía á Martín Lutero clavando sobre la puerta del castillo de Wittemberg sus 95 tesis y rompiendo la pesada é ignominiosa cadena del papismo.

Pero después veía una fecha negra—13 de Julio de 1870.—Veía muy bien á un papa desequilibrado, epiléptico, audaz, degenerado, proclamando su propia infalibilidad y la infalibilidad de sus antecesores.

Verdad que de los 601 Príncipes de la Iglesia reunidos en el Concilio Vaticano, 150 votaron en contra de la pretendida infalibilidad y que la opinión de ciento cincuenta prelados pesaba mucho en el ánimo de Rosa; pero ¿A qué venía todo eso?

¿No pertenecía el mismo al sacerdocio?

¿No poseía secretos espantosos?

¿No había confesado á muchas de las concubinas de sus compañeros de culto?

¿No se le empezaba ya á iniciar en las altas y tenebrosas intrigas de su clase?

Y por último: ¿No había él mismo recibido la consigna de conquistar á la opulenta viuda, á la oveja descarriada y traerla al redil, aunque para ello fuese necesario prostituirla?

¿No se le había ordenado que la llevara en los piadosos brazos del Pastor ó en los lascivos brazos del amante; *pero que á toda costa la llevara?*

Sólo que esta vez el Pastor se había convertido en esclavo, porque él ya no podría en lo sucesivo, ni creer más que en Dios, ni amar más que á María! ¿Prostituir á María?

Sin duda el Arzobispo estaba loco.

Dios amaba á María que era la buena y odiaba al Arzobispo que era el malo.

¿Prostituirla? ¡Jamás, aunque pudiera!

Amarla, venerarla, idolatrarla; vivir sólo para ella y morir por ella si fuese necesario: eso sí.

Un casto, honrado hogar; María á su lado, una hermosa niñita en una cuna: mucha felicidad y mucho y santo amor, porque el amor es santo, es don de Cielo; pero ¿y sus falsos votos... la castidad sacerdotal... el celibato?

Sueños irrealizables, todo inútil: María no le amaba, antes bien le despreciaba, le creía el ciego, el servil instrumento del sacerdocio que trataba de hundirla en el fango...

El reloj de la Iglesia vecina dió la una.

Rosa se estremeció.

—¡Cual pasa el tiempo!, dijo en voz alta, el plazo expira... mañana la veré y si no..., moriré.

¡Iré sin duda, ya no soy sacerdote, me engañaba; creí cuando salí del Seminario que habría en el sacerdocio muchos malos, porque al fin son todos hombres; pero nunca creí que todo fuera falso, todo engaño!

El gran secreto del poder del clero, consiste en hacer creer á los demás sin creer realmente en nada; engañarse los mismos sacerdotes los unos á los otros sin decirlo jamás, sin confesarlo nunca; y sabiendo que se engañan y se mienten, aparentar que todos creen en todo y obrar mal en el fondo, fingiendo fe y virtudes en la forma.

¡Todas las religiones son lo mismo: yo las conozco todas!

El Boudhismo cuenta 503 millones de sectarios; Brahma 138; el Islamismo 120.

De 410 millones de cristianos que existen en el mundo, sólo 225 profesan el catolicismo Romano; 75 pertenecen á la iglesia griega y 110 millones á las diversas sectas protestantes.

¡Mil millones de hombres viven en el error desde el principio del Mundo! y ¿Sólo 225 millones de católicos están en la verdad?

¡Sí, el cristianismo no es en realidad más que una mezcla de principios tomados de las otras religiones y Cristo y Paulo, los dos eran mestizos, mezcla de dos razas: la Semita y la Aryana, por eso el cristianismo resultó al fin un producto mestizo de la filosofía griega y de la antigua religión judía: sus sacerdotes somos todos tan falsos como los de Isis ó de Budha.

¿Pero por qué se aferran en mí las creencias que creí perdidas?

¿Por qué este desconsuelo, por qué este sufrimiento y por qué este pavor?

El reloj de la Iglesia vecina dió las dos.

Rosa se puso en pie.

Maquinalmente se dirigió al armario en que guardaba sus lujosos ornamentos sacerdotales; se revistió como si fuera á decir misa; luego se vió á

sí mismo y preguntó espantado: ¿pero qué estoy haciendo?

Enloquecido dió varios pasos por la estancia; miró el Cristo que enclavado en la cruz parecía contemplarle desde el ara; y cayó arrodillado ante la imagen:

¡Por si me oyes, clamó; sabe que la amo tanto, como nunca creí que se pudiera amar ni en la Tierra en que estoy, ni en el Cielo en que estás!

Yo no creo ni creeré que el amarla sea pecado, porque sé que tu Padre, ese Dios que me creó, me creó para el amor, pues que me hizo hombre y á ella la hizo mujer.

¿Por qué, ni para qué crear dos sexos, poner en dos criaturas la pasión ideal en el alma y el instinto brutal en la carne y empujarlas la una hacia la otra con esa misteriosa afinidad que se encierra en el pólen, palpita en el beso, conjuga la caricia, fecunda los embriones, inunda las entrañas, adormece las flores y desquicia los astros?

¡Creced, multiplicáos, amad hasta el delirio y perpetuad mi obra perenne de fecundación generadora, dijo Dios á los hombres, á las cosas, á los mundos; y solo á mí, eunuco de la dicha, sacerdo-

te de un culto fermentado, esclavo de una secta de perjuros; me grita en el oído: ¡Tu, castrado moral, infecundo, improductivo; sacrifica tu amor, tu vida y tus instintos á ese voto imposible que hiciste; rompe la estéril urna en que se encierran las inútiles gemas de tu especie, y sigue tu camino en medio de los que aman y fecundan, proscrito del placer, como un capullo seco que el soplo germinal arrastra sobre el lecho de lujuria de una rica y ardiente floración de Primavera.

¡No, Cristo... no... yo necesito amar, quiero sentirme padre, quiero mi parte de dicha y de placer en el festín de amor en que se embriagan los que viven, quiero también mi puesto, un puesto digno en el grandioso gineceo que has creado!

Yo no quiero el amor criminal, el clandestino, el infecundo amor infanticida, que consume á los otros sacerdotes; quiero un amor de hogar santo y honrado, mucha luz, mucho sol, flores, perfumes, nidos, aves que canten y niños que sonrían... quiero á María.

¡Amar y hacer el bien, ese es el más sublime sacerdocio!

Dame á María, Señor, dame la vida; porque

fuera de ella todo es duda, todo es negro, todo es muerte. Haz un milagro más ¡has hecho tantos!

Tú que tanto sufriste y tanto amaste, ten compasión de mí que sufro y amo tanto.

Tú que hablaste á los santos y profetas, háblame á mí también, que siempre he sido bueno.

Dime que no es pecado amarla como la amo, dime que me relevas de mis votos; que no es un sacrilegio tener esposa, hijos; que no estoy consagrado, que los *óleos* no son más que una vana ceremonia, un episodio de la magna litúrgica comedia que á través de los siglos viene representando el sacerdocio.

Dime que me perdonas, dime...

¡Nada..., no me contestas..., no, los ídolos no hablan..., estoy loco!...

El reloj de la Iglesia vecina dió las cuatro.

Rosa no las oyó: cuando la aurora vino á alumbrar los rostros de los santos que adornaban la estancia del asceta, encontró al casto y virgen sacerdote tendido sobre el suelo, inmóvil, desmayado: sobre la mesa el Evangelio abierto, en el altar la lámpara apagada, y enclavado en la cruz el Cristo mudo.

Galanas, ricas flores: madre selvas, gardenias, amarantos, violetas y azucenas en hermosos jarrones de colores; canarios enjaulados, modulando sentidos y sonoros trinos; un sol primaveral, inundando de luz la perfumada alcoba; María con la soberbia cabellera destrenzada y la bata casi suelta, modelando las curvas tentadoras de su seno hasta entonces infecundo; María llena de encantos y sonriendo á la luz y á la vida; eso encontró al entrar el triste y abatido sacerdote.

—Vengo, señora, dijo con voz pausada y firme, á traer la prueba prometida:

Me ha dicho usted que cree apenas en Dios y que no reconoce sacerdocios; que le bastan las leyes sociales para regir su vida y su conducta, y que la religión no le hace falta para llevar tranquila su conciencia. Yo creo en Dios con la fe más intensa y más pura; pero tampoco creo en las religiones: he dejado de ser un falso sacerdote y hoy he empezado á ser un hombre leal y honrado.

Vengo á ofrecer á usted la mano de ese hombre leal y honrado, y mi nombre, hasta hoy immaculado. ¿Quiére usted aceptarme por esposo? ¿Encuentra usted la prueba suficiente?

— La encuentro suficiente, dijo María enjugando una lágrima rebelde, pero voy á imponer una única condición irrevocable:

Si después de mil días, á contar desde hoy y después de pensarlo mil veces, vuelve usted á ofrecerme lo que ahora me ha ofrecido: juro por la memoria de mi madre que seré su esposa. ¿Acepta usted el plazo?

— Está aceptado